



# ELIZABETH PETERS

LA SERPIENTE,  
EL COCODRILO Y EL PERRO  
*Un caso de Amelia Peabody*



Con Nefret, ahora pupila de Amelia y Emerson, y Ramsés siguiendo sus estudios en casa, en Inglaterra, la pareja vuelve a Amarna en 1898 para una excavación que promete ser como en los viejos tiempos. Sin embargo, ¡el viaje resulta ser más parecido a los viejos tiempos de lo que planeaban! Cuando se convierten en objetivos del complot malvado del Maestro del Crimen. Emerson es secuestrado y Amelia le rescata para descubrir que ha perdido la memoria. Tentadoramente cerca de su más importante descubrimiento, una tumba que podría ser la de Nefertiti, Amelia debe concentrar su atención en recobrar el amor de su marido.

## NOTA DE LA EDITORA

Una breve explicación de los términos árabe y egipcio antiguo puede ser útil para beneficio de los lectores no familiarizados con los idiomas. Al igual que ciertas lenguas semíticas, el árabe y los jeroglíficos egipcios no escriben las vocales. Es por esta razón que la ortografía inglesa de tales palabras puede variar legítimamente. Por ejemplo: la escritura jeroglífica del nombre de las pequeñas figuras de criados se compone de cinco signos: sh, wa, b, t, i o y. (Algunos de estas pueden parecer vocales, pero no lo son. Acepte la palabra de la editora, por favor. Realmente no quiere oír hablar de semi-vocales y consonantes débiles). Esta palabra puede ser transcrita al inglés como «ushebti», «shawabti», o «shabti». NOTA: Puede encontrar un glosario de palabras en árabe y frases al final del libro.

Los nombres árabes de personas y lugares están sujetos a variaciones similares cuando se escriben en inglés. La moda en estos asuntos cambia, la ortografía común en los primeros días de la señora Emerson en Egipto a veces ha sido sustituida por otras versiones más modernas. (Dahshoor con Dashur, Meidum con Medum, etc.). Como la mayoría de nosotros, la señora Emerson tiende a aferrarse tenazmente a los hábitos de su juventud. En algunos casos, ha modernizado su ortografía, en otros casos no. Dado que esto no le molesta, el editor no ve ninguna razón para molestar a los lectores y siente que una cohe-

rencia estéril en estas materias podría dañar en cierta medida la espontaneidad de la prosa de la señora Emerson.

(La editora también desea señalar que ella no es la persona a la que se refiere en el capítulo uno. Ella no tiene absolutamente nada en contra de la poesía).

Las citas al comienzo de cada capítulo son de las *Obras Completas de Amelia Peabody Emerson*, Oxford University Press, 8ª ed., 1990.

## Capítulo 1

*«Algunas concesiones al temperamento son necesarias si ha de prosperar el estado marital».*

Creo que puedo declarar sinceramente que nunca me he sentido intimidada por el peligro o el trabajo pesado. De los dos prefiero lo último. Como la única hija soltera de mi enviudado y muy distraído padre, fui la responsable de la gestión de la casa, lo que, como toda mujer sabe, es la más difícil, inapreciada y peor pagada (es decir, no pagada) de todas las ocupaciones. Gracias a la distracción ya mencionada de mi padre logré evitar el aburrimiento siguiendo estudios poco femeninos como historia e idiomas, pero a papá nunca le importó lo que hiciera siempre que sus comidas fueran puntuales, su ropa estuviera limpia y planchada, y no le molestara nadie por ninguna razón. Por lo menos pensé que no estaba aburrída.

La verdad es que no tenía nada con que comparar esa vida, y ninguna esperanza de una mejor. En esos últimos años del siglo XIX, el matrimonio no era una alternativa que me atrajera; habría sido cambiar la cómoda servidumbre por la esclavitud absoluta, o eso creía entonces. (Todavía soy de esa opinión con respecto a la mayoría de las mujeres). Mi caso iba a ser la excepción a la regla, y si hubiera sabido la clase de delicias inimaginables que me

aguardaban, los vínculos que me irritaban habrían sido inaguantables. Esos vínculos no se rompieron hasta la muerte de mi pobre padre, cuando me dejó en posesión de una modesta fortuna y me embarqué para ver los antiguos lugares que sólo conocía por los libros y las fotografías. En la antigua tierra de Egipto conocí por fin lo que me había estado perdiendo: aventura, entusiasmo, peligro, el trabajo de una vida que empleaba todos mis considerables poderes intelectuales y el compañerismo de ese hombre notable que me estaba predestinado al igual que yo a él.

¡Qué locas persecuciones! ¡Qué luchas para escapar!  
¡Qué éxtasis salvaje!

\* \* \*

Me informa, cierta persona de la editorial, que no me he puesto a esto de la manera correcta. Mantiene que si un autor desea captar la atención de sus lectores debe empezar con una escena de violencia y/o pasión.

–He mencionado... esto... éxtasis salvaje –dije.

Esa persona me sonrió bondadosamente.

–¿Poesía? Nosotros no permitimos la poesía, señora Emerson. Ralentiza la narrativa y confunde al Lector Medio. –(Este individuo apócrifo siempre es mencionado por el personal de la editorial con una mezcla de condescendencia y admiración supersticiosa, de ahí mis mayúsculas).

–Lo que deseamos es sangre –continuó, con creciente entusiasmo–. ¡Y mucha! Eso debe ser fácil para usted, señora Emerson. Creo que se ha encontrado con un gran número de asesinos.

Esa no era la primera vez que yo había considerado redactar mis diarios para una posible publicación pero nunca antes había ido tan lejos como para consultar con un editor, como se les llama. Me vi forzada a explicar que si

sus puntos de vista eran característicos de la industria editorial de hoy, esa industria tendría que arreglárselas en adelante sin Amelia P. Emerson. ¡Cómo desprecio las artimañas mezquinas del sensacionalismo que caracterizan a las producciones literarias modernas! ¡Hasta dónde ha caído el noble arte de la literatura en estos últimos años! Ya no se admira una exposición razonada y pausada, en su lugar el lector es aporreado con recursos que apelan a los instintos humanos más bajos y más degradantes.

La persona de la editorial se fue sacudiendo la cabeza y murmurando entre dientes acerca de asesinatos. Sentí decepcionarla puesto que era agradable, para ser norteamericana. Confío en que esa observación no me dejará abierta a una acusación de chovinismo, los norteamericanos tienen muchas características admirables, pero el gusto literario rara vez está entre ellas. Si considero este procedimiento otra vez, consultaré a un editor *inglés*.

\* \* \*

Supongo que podría haber indicado a esa ingenua persona de la editorial que hay peores cosas que un asesinato. He aprendido a aceptar los cadáveres en mi camino, por decirlo de alguna manera, pero algunos de los peores momentos de mi vida ocurrieron el último invierno cuando me arrastré a gatas por desechos indescriptibles hacia el lugar donde esperaba, y temía, encontrar al individuo más querido para mí que la vida misma. Llevaba desaparecido casi una semana y no podía creer que alguna prisión pudiera retener a un hombre de su inteligencia y fuerza tanto tiempo a menos que... Contemplar las horrorosas posibilidades era demasiado doloroso, la angustia mental borraba el dolor físico de las rodillas magulladas y las palmas arañadas, y se volvía insustancial ante el temor de los enemigos. Ya el orbe hinchado de día colgaba bajo en el

oeste. Las sombras de las matas secas se estiraban grises sobre la hierba, tocando las paredes de la estructura de nuestro objetivo. Era un pequeño edificio de ladrillos de barro manchados que parecía acurrucarse tristemente en su parche de tierra lleno de basura. Las dos paredes visibles no tenían ni ventanas ni puertas. Un propietario sádico quizás mantuviera un perro en tal perrera...

Tragando con fuerza, me giré hacia mi fiel *reis* Abdullah, que estaba cerca de mis talones. Él sacudió la cabeza pidiendo cuidado y se llevó un dedo a los labios. Un gesto transmitió su mensaje: el techo era nuestro objetivo. Me tendió la mano y luego siguió hacia adelante.

Un parapeto que se caía a trozos nos protegía de la vista y Abdullah dejó salir el aliento en un jadeo. Era un anciano, la tensión de la ansiedad y el esfuerzo se habían cobrado su peaje. No tenía compasión para darle entonces, ni tampoco él la habría deseado. Deteniéndose apenas, se arrastró hacia el centro del techo, donde había una apertura de poco más de treinta centímetros cuadrados. La cubría una rejilla de metal oxidado que descansaba sobre un saliente o borde justo debajo de la superficie del techo. Las barras eran gruesas y estaban muy juntas.

¿Habían concluido los largos días de ansiedad? ¿Estaba él dentro? Esos segundos finales antes de alcanzar la abertura parecieron estirarse interminablemente. Pero eso no fue lo peor. Eso estaba por venir.

La única otra luz de la asquerosa guarida provenía de una abertura sobre la puerta. En la penumbra de la esquina opuesta vi una forma inmóvil. Conocía esa forma, la habría reconocido en la noche más oscura, aunque no podía distinguir sus rasgos. Mis sentidos se agitaron. Entonces un rayo del sol agonizante entró por la estrecha apertura y cayó sobre él. ¡Era él! ¡Mis oraciones habían sido contestadas! ¿Pero... oh, cielos... habíamos llegado demasiado tarde? Tieso e inmóvil, yacía sobre un catre mugriento. Los rasgos podrían haber sido los de una de esas máscaras

mortuorias de cera, amarilla y rígida. Mis ojos buscaron algún signo de vida, de aliento... y no encontraron ninguno.

Pero eso no fue lo peor. Eso todavía estaba por venir.

Sí, es cierto, si iba a recurrir a estratagemas despreciables del tipo que la joven me sugirió, podría extender la historia... sin embargo, me niego a insultar la inteligencia de mis (todavía) hipotéticos lectores haciéndolo así. Ahora reasumo mi narración de manera ordenada.

\* \* \*

Como iba diciendo: «¡Qué locas persecuciones! ¡Qué luchas para escapar! ¡Qué éxtasis salvaje!». Por supuesto, Keats hablaba en otro contexto. Sin embargo, a menudo he sido perseguida (a veces locamente) y he luchado (exitosamente) para escapar en más de una ocasión. La última frase es también apropiada, aunque yo no lo habría expresado así.

Las persecuciones, las luchas y el otro sentimiento comenzaron en Egipto, donde me encontré por primera vez con la antigua civilización que iba a inspirar el trabajo de mi vida, y al hombre notable con quien iba a compartirla. ¡La Egiptología y Radcliffe Emerson! Los dos son inseparables, no sólo en mi corazón sino en la estima del mundo erudito. Como se puede decir, de hecho yo a menudo lo he dicho, Emerson es egiptología, el mejor erudito de esta o de cualquier otra era. En el momento que escribo esto estábamos en el umbral de un nuevo siglo, y no dudaba que Emerson dominaría el vigésimo como había hecho con el decimonoveno. Cuando agregó que los atributos físicos de Emerson incluyen ojos azul zafiro, espesos mechones negros y una forma física que es el paradigma de fuerza y gracia varoniles, creo que el lector sensible comprenderá por qué nuestra unión había demostrado ser tan completamente satisfactoria.

Emerson tiene aversión a su primer nombre, por razones que nunca he comprendido enteramente. Nunca le he preguntado por ellas porque yo misma prefiero dirigirme a él por la denominación que indica camaradería e igualdad, y eso rememora los buenos recuerdos de los primeros días cuando nos conocimos. Emerson también tiene aversión a los títulos, sus razones para estos prejuicios provienen de sus radicales puntos de vista social, puesto que él juzga a un hombre (y a una mujer, apenas debo agregar) por su capacidad en vez de por la posición material. A diferencia de la mayoría de los arqueólogos, se niega a responder a los títulos zalameros usados por los *fellahin* hacia los extranjeros. Sus trabajadores egipcios le habían honrado con el título de «Padre de Maldiciones», y debo decir que ningún hombre lo merece más.

Mi unión con este individuo admirable ha tenido como resultado una vida especialmente apropiada con mis gustos. Emerson me aceptó como una socia profesional y matrimonialmente, y pasamos temporadas excavando en varios sitios de Egipto. Puedo agregar que fui la única mujer que participó en esa actividad, un triste comentario sobre las restrictivas condiciones de las mujeres a finales del siglo XIX de nuestra era, y nunca podría haberlo hecho sin la cooperación incondicional de mi notable cónyuge. Emerson no insistió mucho en mi participación, sino que la dio por hecha. (Yo la di por hecha también, lo que puede haber contribuido a la actitud de Emerson).

Por alguna razón que nunca he podido explicar, a menudo nuestras excavaciones eran interrumpidas por actividades de naturaleza criminal. Habían intervenido asesinos, momias reanimadas y Maestros del Crimen; parecíamos atraer a ladrones de tumbas e individuos de tendencias homicidas. A pesar de todo eso, había sido una existencia deliciosa, estropeada por sólo un defecto secundario. Ese defecto era nuestro hijo, Walter Peabody Emerson, conocido por amigos y enemigos por su apodo de «Ramsés».

Todos los chicos jóvenes son salvajes, esto es un hecho admitido. Ramsés, cuyo apodo deriva de un faraón tan reuelto y arrogante como él mismo, tenía todos los defectos de su género y edad: una increíble atracción por la suciedad y los objetos muertos y malolientes, una magnífica indiferencia por su propia supervivencia y un desprecio absoluto por las reglas de la conducta civilizada. Ciertas características extraordinarias de Ramsés hacían que incluso fuera aún más difícil tratar con él. Su inteligencia era (no es que fuera sorprendentemente) de alto nivel, pero se exhibía de maneras desconcertantes. Su árabe era de una fluidez espantosa (no puedo imaginar cómo seguía aprendiendo esas palabras, ciertamente nunca las oyó de mí), su conocimiento de los jeroglíficos egipcios era tan grande como el de muchos eruditos adultos, y tenía una habilidad casi extraña para comunicarse con animales de todas las especies (menos los humanos). Él... pero describir las excentricidades de Ramsés pondría a prueba mis habilidades literarias.

En el año que precede a la presente narración, Ramsés había mostrado signos de mejora. Ya no se apresuraba de cabeza al peligro y su locuacidad atroz había disminuido algo. Una cierta semejanza a su guapo progenitor comenzaba a surgir, aunque su tez era más parecida a la de un antiguo egipcio que a un joven muchacho inglés. (No puedo justificar esto más de lo que puedo justificar nuestros encuentros constantes con el elemento criminal. Algunas cosas están más allá de la comprensión de nuestros limitados sentidos, y probablemente eso esté bien). Un desarrollo reciente había tenido un efecto profundo aunque todavía indeterminado sobre mi hijo. Nuestra última y quizás más notable aventura había ocurrido el invierno anterior, cuando una petición de ayuda de un viejo amigo de Emerson nos guió a los desiertos occidentales de Nubia, hasta un remoto oasis donde perduraban los restos moribundos de la antigua civilización meroítica.

Nos encontramos con las habituales catástrofes, al borde de la muerte por sed después del fallecimiento de nuestro último camello, intento de secuestro y asaltos violentos (nada extraordinario), y cuando alcanzamos nuestro destino nos encontramos con que a los que íbamos a salvar ya no estaban. Sin embargo, la desgraciada pareja había dejado una hija, una joven a la que, con ayuda de su caballeroso y magnífico hermano adoptivo, pudimos salvar del horrible destino que la amenazaba. Su difunto padre la había llamado «Nefret», muy apropiadamente, ya que la antigua palabra egipcia significa "hermosa". La primera visión de ella dejó a Ramsés mudo, una condición que yo nunca esperé ver, y que se hubiera quedado en esa condición desde entonces, sólo podía considerarlo con el más horrible de los presentimientos. Ramsés tenía diez años, Nefret trece, pero la diferencia en sus edades sería de poca importancia cuando alcanzaran la edad adulta, y supe que mi hijo también desecharía sus sentimientos como romanticismo juvenil. Sus emociones eran intensas, su carácter (por decirlo suavemente) decidido. Una vez que se le metía una idea en la cabeza, estaba fijada con cemento. Había sido educado entre egipcios, quienes maduran antes, física y emocionalmente, que los fríos ingleses; algunos de sus amigos ya habían engendrado niños para cuando llegaron a la adolescencia. Añade a esto las dramáticas circunstancias bajo las que puso sus ojos en la chica por primera vez...

Ni siquiera sabíamos que tal persona existía hasta que entramos en la cámara inhóspita e iluminada por lámparas donde nos aguardaba. Verla allí en toda su resplandeciente juventud, con el pelo de color dorado rojizo cayendo sobre la diáfana túnica blanca, percibir su sonrisa valiente que desafiaba los peligros que la rodeaban... Bien. Incluso a mí me afectó profundamente.

Habíamos devuelto a la chica a Inglaterra con nosotros y la alojamos en nuestra casa. Esto fue idea de Emerson.

Debo admitir que tuvimos muy poca elección, su abuelo, su único pariente vivo, era un hombre tan inmerso en el vicio que no era apto ni para ser guardián de un gato, mucho menos de una joven inocente. Cómo persuadió Emerson a lord Blacktower para que renunciara a ella, no le pregunté. Dudo que «persuadir» sea una palabra apropiada. Blacktower se estaba muriendo (de hecho, completó el proceso unos meses más tarde), o ni siquiera los considerables poderes de elocuencia de Emerson habrían prevalecido. Nefret se nos adhirió, hablando en sentido figurado, puesto que no era una niña demostrativa, como los únicos objetos familiares en un mundo tan extraño para ella como la sociedad marciana (asumiendo que existiera) lo sería para mí. Todo lo que ella sabía del mundo moderno lo había aprendido de nosotros y de los libros de su padre, y en ese mundo ella no era la Suma Sacerdotisa de Isis, la encarnación de la diosa, sino algo menos, ni siquiera una mujer, que el Cielo sabe que ya era suficiente bajo, sino una chica-niña, un poco más arriba que una mascota y considerablemente más abajo que un hombre de cualquier edad. Como Emerson no necesitaba indicar (aunque lo hizo con aburridos detalles), nosotros estábamos especialmente equipados para tratar con una joven que había sido criada en tales circunstancias extraordinarias.

Emerson es un hombre notable, pero es un hombre. Creo que no necesito decir más. Habiendo tomado su decisión y después de persuadirme de que la aceptara, no confesó sus presentimientos. Emerson nunca confiesa que tiene presentimientos y llega a encolerizarse cuando menciono los míos. En este caso, tenía un buen número de ellos.

Un tema de considerable preocupación fue cómo debíamos explicar dónde había estado Nefret durante los últimos trece años. Por lo menos, a mí me preocupaba. Emerson trató de desechar el tema como hace con otras dificultades.

—¿Por qué debemos explicarlo? Si alguien tiene la impertinencia de preguntar, diles que se vayan al infierno.

Afortunadamente Emerson es más sensato de como suena, e incluso antes de que saliéramos de Egipto tuvo que admitir que teníamos que confeccionar alguna historia. Nuestra reaparición saliendo del desierto con una joven de linaje obviamente inglés habría atraído la curiosidad del más tonto, ella tendría que admitir su verdadera identidad si iba a reclamar su posición por derecho como heredera de la fortuna de su abuelo. La historia contenía todos los rasgos que los periodistas adoran: belleza juvenil, misterio, aristocracia y grandes cantidades de dinero y, como indiqué a Emerson, nuestras propias actividades habían atraído no poca atención de los chacales de la prensa, como él se complacía en llamarlos.

Prefiero decir la verdad siempre que sea posible. No sólo es que se nos supone la honradez a causa del código moral superior de nuestra sociedad, sino que es mucho más fácil atenerse a los hechos que permanecen coherentes dentro de la mentira.

En este caso la verdad no era posible. Al salir del Oasis Perdido (o de la Ciudad de la Montaña Sagrada, como sus ciudadanos la llamaban), habíamos jurado mantener no sólo su ubicación en secreto, sino también su propia existencia. Las gentes de esta civilización agonizante eran pocas en número y desconocían las armas de fuego, así que habrían sido presa fácil para aventureros y cazadores de tesoros, por no mencionar arqueólogos poco escrupulosos. Estaba también la cuestión menos imprescindible pero sin embargo importante de la reputación de Nefret. Si se sabía que había sido criada entre los llamados pueblos primitivos, donde había sido la suma sacerdotisa de una diosa pagana, la especulación grosera y bromas de mal gusto que tales ideas inspiran en el ignorante habrían hecho su vida insoportable. No, los hechos verdaderos no podían hacerse públicos. Era necesario inventar una men-

tira convincente, y cuando me veo forzada a abandonar mis estándares usuales de candor, puedo inventar una mentira tan buena como cualquiera.

Por suerte los siguientes acontecimientos históricos nos proporcionaron una base razonable. La rebelión de *el Mahdist* en Sudán, que empezó en 1881 y había mantenido a ese país infeliz en un estado de confusión durante una década, terminaba con tropas egipcias (dirigidas, por supuesto, por oficiales ingleses) reconquistando la mayor parte del territorio perdido, y algunas personas que habían sido dadas por perdidas reaparecieron milagrosamente. La fuga de Slatin Pachá, anteriormente el Slatin Bey, era quizás el ejemplo más asombroso de una supervivencia milagrosa, pero había otros, inclusive el del Padre Ohrwalder y dos de las monjas de su misión, que aguantaron siete años de esclavitud y tortura antes de huir.

Fue este último caso el que me dio la idea de inventar una familia de misioneros bondadosos como padres adoptivos de Nefret, cuyos padres verdaderos (como expliqué) habían perecido poco después de su llegada por enfermedad y a causa de las dificultades. Protegida por sus leales conversos, los bondadosos religiosos habían escapado a los estragos de los derviches, pero no se atrevieron a abandonar la seguridad de su remota y humilde aldea mientras el país estaba perturbado.

Emerson observó que, según su experiencia, los leales conversos eran generalmente los primeros en echar a sus líderes espirituales a la cazuela, pero pensé que era una historia muy convincente y a juzgar por los resultados, también lo hizo la prensa. Me había atenido a la verdad siempre que pude, una regla suprema cuando uno confecciona una historia ficticia, y no hubo necesidad de falsificar los detalles del viaje por el desierto. Desamparados en la baldía inmensidad, abandonados por nuestros sirvientes, nuestros camellos muertos o muriéndose... Fue una historia dramática y, creo, distraje tanto a la prensa